

## II.



a presencia de Paulina llevó la alegría á la casa desde la primera semana; su dulce sonrisa y su envidiable salud calmaron el sufrimiento más ó menos oculto en que vivían los Chanteau.

El padre había hallado una enfermera cariñosa, la madre se alegraba que su hijo permaneciese más tiempo en la casa;

sólo Verónica seguía refunfuñando áasperamente.

Parecía que los cincuenta mil francos guardados en el cajoncito de la mesa habían dado á la familia,

aunque no los tocase, un aspecto más alegre, más rico; sentíase que se creaba un nuevo lazo, que crecía una esperanza en medio de la ruina, aunque no se pudiese precisar cuál era.

En la noche del siguiente día estalló el acceso de gota que presentía Chanteau; hacia más de una semana que el buen hombre sufría como pinchazos en las articulaciones, estremecimientos bruscos que le sacudían los miembros, horror invencible á todo ejercicio.

Por la noche se acostó con la esperanza de librarse del ataque, y hacia las tres de la mañana el dolor se declaró con violencia en el dedo gordo del pie izquierdo, saltando enseguida al talón y subiendo luego al tobillo.

Hasta que amaneció quejóse moderadamente, sudando bajo las mantas del lecho, por no querer incomodar á nadie, temiendo que se le reprendiera y desesperado del rabioso recibimiento que se había de hacer á su dolencia; mas como Verónica pasase por delante de la puerta de su cuarto á las ocho de la mañana, el enfermo no pudo reprimir el grito que le arrancó entonces un latido muy fuerte.

—¡Bueno! ¡ya pareció aquello!—gruñó la doméstica,—ya está gritando.

Y al entrar en el cuarto de Chanteau, cuyo rostro compungido daba lástima, sólo pronunció, por vía de consuelo, estas palabras:

—¡Pues contenta se va á poner la señora!

En efecto, cuando la señora fué prevenida y llegó al cuarto de su esposo, sacudió los brazos, hizo un gesto de desesperación y desaliento, y dijo:

—¡Todavía! ¿Conque apenas he llegado ya empiezo eso?

¡Había en su alma un rencor de quince años contra la gota! La execraba como á una enemiga, como á una villana que estorbaba en su existencia, que arruinaba á su hijo, que mataba sus ambiciones.

¿Estaría quizá, sin la gota de su marido, arrinconada en el fondo de una aldea desconocida?

Y á pesar de su buen corazón permanecía hostil é iracunda ante las crisis de su esposo, y ella misma se reconocía como poco hábil, incapaz de cuidarle.

—¡Oh, Dios mío, cuánto sufro!—murmuraba el pobre Chanteau.—¡Adivino que el ataque será más fuerte que el último!..... No te quedes ahí, porque esto te hace mal; pero te ruego que hagas llamar en seguida al doctor Cazenove.

Desde aquel momento la casa toda estuvo en pie, como se suele decir; Lázaro partió para Arromanches

aunque la familia no tuviese grande esperanza en los médicos, porque Chanteau había ensayado, desde quince años antes, todas las drogas, y su mal seguía agravándose.

Los accesos, en un principio débiles y tardíos en repetirse, se multiplicaron bien pronto y aumentaron su violencia, y ahora no sólo interesaban los dos pies, sino que se extendían hasta la rodilla.

Tres veces el enfermo varió de sistema curativo, siendo su cuerpo campo de experimentación en que se ensayaban los remedios más preconizados por la fama, y después de haberlo sangrado copiosamente se acabó por purgarle sin prudencia y atracarlo de litina, de modo que por el agotamiento de la sangre empobrecida, su gota aguda se transformaba poco á poco en gota crónica.

Los tratamientos locales tampoco daban resultado: las sanguijuelas le habían dejado rígidas las articulaciones, el opio prolongaba las crisis, los vejigatorios dejaban úlceras, las aguas de Wiesbaden y Carlsbad no le produjeron ningún beneficio y una temporada en Vichy acabó por aniquilarle.

—¡Dios mío, cuánto sufro!—repetía Chanteau.—  
¡Parece que una trailla de perros me está devorando los pies!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1626 MONTERREY, MEXICO

Y víctima de agitación ansiosa, esperando aliviarse con el cambio de postura, volvía y revolvió sus piernas.

Pero el acceso aumentaba siempre, y cada movimiento le producía nuevos dolores y le arrancaba gemidos más fuertes, hasta que sus ayes fueron un grito incesante con el paroxismo del dolor, sintiendo á la vez escalofríos y alta fiebre, acompañados de una sed ardiente que le devoraba.

Paulina llegó entonces á la cámara del enfermo.

De pie delante del lecho miraba á su tío con seriedad, sin una lágrima; la señora Chanteau perdía la cabeza enervada por los gritos; Verónica intentó arreglar la cama, porque el enfermo no podía sufrir el peso de las mantas, y cuando metió allí sus manazas de hombre, Chanteau gritó más fuerte y la prohibió que le tocara: causábale espanto aquella mujer, á quien acusaba de manejarlo sin cuidado alguno, como si él fuese un costal de ropa sucia.

—Vaya, señor, pues no volváis á llamarme—replicó Verónica, marchándose enfurecida.—Cuando se rechaza á las gentes, hay que saber cuidarse solo.

Paulina se había acercado lentamente, y con sus manecitas de niña, con una destreza incomparable, levantó el cobertor del lecho: el enfermo sintió gran

alivio, y aceptó con gratitud los servicios de la muchacha.

—Gracias, querida; mira, mira; quita esa arruga, que me pesa como quinientas libras.... ¡Oh! ¡más despacio! ¡Me causas miedo!

Pero el dolor continuó con más violencia, y como la señora Chanteau se moviese mucho en el cuarto, aparentando hacer algo útil, como separar los visillos de la ventana y colocar una taza sobre la mesa de noche, él se irritó más todavía.

—Te suplico, mujer, que no te muevas, porque cada paso tuyo hace retemblar el piso y parece como que me golpean con un martillo.

Ella ni siquiera intentó disculparse y darle una satisfacción. ¡Siempre le dejaba sufrir solo!

—Ven, Paulina—contestó únicamente—ya ves que tu tío no puede sufrir á nadie á su lado.

Pero Paulina se quedó.

Andaba con suave movimiento, como si sus diminutos pies no tocasen el suelo, y desde entonces, ni ella se apartó del enfermo, ni él consentía que hubiera otra persona en el cuarto.

Según él decía, deseaba ser cuidado por un soplo, por un aliento, y ella iba y venía sin que se la sintiera, con la inteligencia de quien comprende el mal

y procura aliviarle, anticipándose á los deseos del enfermo, presentándole puntualmente las tazas de agua de avena, que Verónica llevaba hasta la puerta del cuarto.

Lo que más le calmaba era verla incesantemente á su lado, inmóvil en la silla, mirándole con sus grandes ojos enternecidos, y él procuraba distraerse contándole sus sufrimientos.

—¿Ves, hija mía? Pues en este momento parece que un afilado cuchillo me corta las articulaciones del pie..... y al mismo tiempo juraría que me arrojan agua tibia sobre la piel.....

Después, cuando el dolor cambiaba de sitio, se le envolvía el tobillo en un círculo de hierro y se le estiraban los músculos hasta romperseles, como si fuesen las cuerdas de un violín.

Paulina le escuchaba complacida, como si todo lo comprendiese, sin turbarse por los alaridos y preocupada únicamente con la curación; y aun á veces aparentaba estar alegre, y le hacía sonreír entre dos gemidos.

Cuando el doctor Cazenove llegó, sorprendióse al ver á la niña y la dió un fuerte beso en los cabellos.

Era el doctor Cazenove un hombre de cincuenta

y cuatro años, seco, vigoroso, que había servido por espacio de treinta en la marina, y acababa de retirarse á Arromanches, donde un tío suyo le había legado una casa; era también gran amigo de los Chanteau desde que hubo curado de una relajación grave á la señora Chanteau.

—Ya me veis, ya estoy aquí—dijo.—He corrido para llegar pronto y estrecharos la mano, pero podéis estar seguro de que no he de hacer más que esta niña..... Querido mío, cuando se ha heredado la gota y se pasa de los cincuenta, no hay más remedio que aguantarse..... Añadid á esto que vos estáis extenuado por las drogas..... Ya sabéis el único remedio para vuestro mal: paciencia y franela.....

Afectaba un gran escepticismo: durante treinta años había visto agonizar á tantos miserables, en todos los climas y con tantas podredumbres, que en el fondo se hizo demasiado modesto, y prefería á las medicinas el simple tratamiento de dejar obrar á la naturaleza.

Examinó el dedo hinchado, cuya piel reluciente tenía un color rojo oscuro; miró también la rodilla, invadida ya por la hinchazón; hizo constar en el borde de la oreja derecha la existencia de una perla dura y blanca.

—Pero, doctor—gemía el enfermo—no podéis dejarme sufrir así....

Cazenove estaba grave: aquella perla de materia tofácea le interesaba, y la fe en la ciencia volvía á ganarle en presencia de ese nuevo síntoma.

—¡Dios mío!—murmuró—voy á ensayar los alcalinos y las sales.... Evidentemente se va haciendo crónica.

Pero en seguida se irritó.

—Vos tenéis la culpa, vos sólo, por no seguir el régimen que os he recomendado.... No hacéis ejercicio, estáis arrellanado siempre en el sillón.... y vino, y carne, ¿no es verdad? ¡Como si lo viera!.... Confesad que habéis comido algún manjar succulento.

—¡Oh! un poquito de *foie gras*—confesó débilmente Chanteau.

El médico levantó los brazos como para tomar por testigo al cielo....

Sin embargo, sacó del bolsillo de su largo *redingote* algunos frascos, y comenzó á preparar una poción: como tratamiento local, se limitó á envolver el pie y la rodilla en algodón en rama, que sujetó después con tiras de aglutinante, y al despedirse encargó á Paulina que le diese cada dos horas una cucharada

de la poción, y agua de avena cuanta el enfermo quisiera, recomendando sobre todo absoluta dieta.

—Pues qué—dijo la señora Chanteau,—¿creéis que se le puede impedir que coma lo que quiera?

—No, no, tía mía—se permitió afirmar Paulina,—ya verás como es prudente, y le hará mucho bien la obediencia.

Cazenove la miraba, interesándole su aspecto reflexivo, y la besó de nuevo en ambas mejillas.

—He aquí una muchacha que ha nacido para los demás—declaró el doctor, con el mismo aplomo que daba á sus diagnósticos.

Chanteau gritó aún por espacio de ocho días, porque el pie derecho fué invadido cuando el acceso parecía debilitarse, reapareciendo los dolores con más intensidad que antes.

Toda la casa estaba estremecida: Verónica encerrábase en el fondo de la cocina por no oírle; la señora Chanteau y el mismo Lázaro se alejaban también, en su angustia nerviosa; únicamente Paulina quedó en el cuarto del enfermo.

Ella sola tenía además que luchar contra la tenacidad de Chanteau, que quería á todo trance comer una chuleta, que gritaba que se moría de hambre,

que llamaba asno al doctor Cazenove, porque no sabía curarle....

Por la noche se duplicaba la intensidad del mal, y ella apenas dormía dos ó tres horas; pero estaba siempre contenta y con buena salud, y la señora Chanteau, á quien levantaba tales cargas, aceptó con gusto la ayuda de una niña que conseguía poner paz en la casa.

En fin, la convalecencia llegó, recobrando Paulina su libertad, y entonces se estrechó un íntimo compañerismo entre ella y Lázaro.

Al principio se reunían los dos en la gran cámara del joven, que había hecho derribar un tabique y ocupaba así la mitad del segundo piso; pequeña cama de hierro se perdía en un ángulo, detrás de biombo deslucido y roto; en tablas de pino adosadas á la pared estaban alineados centenares de volúmenes, libros clásicos, obras descabaladas descubiertas en un granero de Caen; un antiguo armario normando, inmenso, encerraba multitud de objetos raros, muestras de rocas y piritas, utensilios viejos y sin uso, juguetes de niño despedazados; había también allí un piano, sobre el cual se destacaban dos floretes en cruz y una máscara de esgrima, y una mesa enorme en el centro, mesa de dibujo, muy

alta y atestada de papeles, grabados, botes de tabaco, pipas, y en la que era difícil encontrar un sitio libre para escribir.

Paulina estaba encantada en medio de aquel desorden: tardó un mes en explorar el cuarto, y cada día encontraba objetos curiosos; una vez halló en la librería un *Robinson* con grabados, y un polichinela cojo en el armario.

Desde que se levantaba iba al cuarto de su primo y allí permanecía, volviendo á subir por la tarde; Lázaro la aceptó con gusto, como si fuese un hermano menor, un muchacho de nueve años menos que él, pero alegre y picaresco, de grandes ojos negros é inteligentes; no le estorbaba para fumar su pipa, ni para leer tendido en una silla con los pies en alto, y escribía largas cartas en las que deslizaba flores.

Algunas veces, no obstante, su camarada era demasiado turbulenta: bruscamente subía sobre la mesa, ó pasaba de un salto á través del biombo roto; una mañana, como no la oyese, volvió la cabeza para buscarla y la encontró con la máscara de esgrima en el rostro y un florete en la mano, saludando al aire; y si la gritaba que estuviese quieta, ó la amenazaba con echarla fuera del cuarto, aquello

concluía con una partida de saltos de cabra en medio de la cámara desordenada: ella se arrojaba al cuello de su primo, él la hacía dar vueltas como á una perinola, transformado también en chiquillo, y los dos reían alegremente con la fresca risa de la infancia.

Otras veces les ocupaba el piano. Aquel instrumento databa de 1810, un viejo piano Erard, en el que la señorita Eugenia de la Vignière había dado en otro tiempo lecciones durante quince años, y en cuya caja de caoba deslucida las cuerdas suspiraban como sonidos lejanos de misteriosa dulzura.

Lázaro, que no podía obtener de su madre un piano nuevo, tocaba en él con toda su fuerza sin conseguir hacerle brotar las sonoridades románticas que fermentaban en su cerebro, y había tomado la costumbre de reforzarle con su voz para llegar al efecto deseado.

Su pasión por la música le hizo abusar de la complacencia de Paulina: tenía un oyente, y ante ella desenvolvía todo su repertorio durante días enteros; y eran precisamente de su gusto las páginas de música más difíciles, sobre todo las entonces despreciadas de Berlioz y Wagner, y hacía mugir al piano, y concluía por tocar tanto con la garganta como con los dedos.

Paulina se fastidiaba mucho en tales días, aunque permanecía tranquila escuchando, por temor de causar pena á su primo.

Algunas veces les sorprendía el crepúsculo, y Lázaro, aturdido por los ritmos, exponía sus grandes ensueños: él también sería un músico de genio, á pesar de su madre y á pesar de todo el mundo; en el liceo de Caen había tenido un profesor de violín que, maravillado de su inteligencia musical, le predijo un porvenir de gloria; habíase hecho dar á escondidas lecciones de composición, y ahora trabajaba solo; tenía ya una idea vaga, la idea de una sinfonía sobre el Paraíso terrenal; halló un trozo de su obra, Adán y Eva arrojados por los ángeles, una marcha de carácter solemne y doloroso que consintió en tocar una noche en presencia de Paulina, y que desde entonces la tocaba todos los días.

La muchacha aprobaba, porque le parecía bien aquello; pero luego empezaba la discusión: sin duda que él debía sentirse orgulloso de componer una música tan bella, pero quizás habría sido más prudente obedeciendo á sus padres, que anhelaban hacer de él un prefecto ó un magistrado.

La casa estaba contristada por esa querrela de la madre y el hijo; éste queriendo ir á París para in-

gresar en el Conservatorio, y aquélla repitiéndole que antes de Octubre debía elegir una carrera decente; y Paulina sostenía el proyecto de su tía, á quien anunció gravemente que ella se encargaba de convencer á su primo.

Entonces Lázaro, furioso, cerraba el piano con violencia, gritando que ella era sencillamente una *ignorante burguesa*.

Estuvieron sin hablarse tres días, y al cuarto hicieron las paces: al joven, para ganarla á su causa, metiósele en la cabeza el propósito de enseñarla á tocar el piano; él mismo la ponía los dedos en las teclas, y la tenía horas enteras haciendo escalas y gamas, aunque ella se rebelaba por su poca afición á la música, y sólo quería divertirse haciendo pasear por el teclado á Minucha, cuyas patas ejecutaban sinfonías bárbaras, y jurando que la gata sabía ya tocar la famosa sinfonía del Paraíso terrenal.

Esto sublevaba al autor, y entonces las grandes riñas comenzaban: Paulina saltaba al cuello de Lázaro, y éste hacía dar vueltas á la niña como una peonza, mientras que Minucha, tomando parte en la danza, saltaba desde la mesa al armario, y Mateo, si alguna vez era admitido en el cuarto, aullaba con brutal alegría.

— ¡Déjame en paz, estúpida burguesa! — repitió un día Lázaro, muy exasperado; — mamá, si quiere, te enseñará el piano.

— ¡Pero si tu música no sirve para nada! — declaró francamente Paulina. — Yo en tu lugar estudiaría para médico.

Él la miraba furioso. ¡ Médico! ¿por quién le tomaba aquella niña? Exaltábase, por el contrario, y se anegaba en su pasión por la música con una impetuosidad que parecía un loco.

— Escucha — dijo á Paulina — si se me impide ser músico por causa tuya, ¡ me mato!

El verano había completado la convalecencia de Chanteau, y Paulina pudo acompañar á Lázaro fuera de casa: la cámara grande quedó desierta, y el compañerismo de ambos se mostró en carreras desenfrenadas.

Contentáronse durante algunos días con estar en la terraza, donde vegetaban plantas raquíticas abrasadas por el aire del mar; después bajaron al patio, rompieron la cadena del pozo, asustaban á la docena de héticas gallinas que en aquel lugar vivían alimentándose de saltamontes, escondíanse en la cuadra y en la cochera, descascarillando las paredes y el techo; luego invadieron el huerto que Verónica



cultivaba como ur. gañán y donde había varios cuadros sembrados de legumbres y algunos perales; más tarde empujaron la puerta y salieron al campo, bajo el ancho cielo, enfrente del Océano.

Paulina sentía curiosidad apasionada por aquella inmensa mole de agua, tan pura y serena entonces con los reflejos del sol de Julio: siempre era el mar objeto de las miradas de la niña desde cualquier pieza de la casa y desde la terraza que dominaba á Bonneville; pero no se había acercado á él hasta entonces, y una vida enteramente nueva comenzó para ella: se vió sola con Lázaro en la soledad animadísima de las playas.

¡Qué agradables escapatorias! Pero la señora Chanteau murmuraba y quería que permaneciesen en casa, no obstante su confianza en el buen juicio de la niña, así es que no pasaban, al salir, por el patio, donde Verónica solía acecharlos, sino que huían á escondidas por el huerto y no regresaban hasta entrada la noche.

Pronto les fastidiaron los paseos alrededor de la iglesia, los alrededores del cementerio sombreados por tejos y sauces, las cuatro hortalizas que vegetaban en la puerta del cura, y también se cansaron en breve de sus paseos por Bonneville, de aquellas

treinta casas pegadas á las rocas, del banco de arena donde los pescadores varaban sus barcas.

Lo que más les divertía era, en marea baja, ir muy lejos de la bravia costa, bajo los acantilados, caminando sobre arena finísima, por la que huían los cangrejos de mar, ó saltando de roca en roca entre las algas, para evitar los chorros de agua límpida, en la cual hormigueaban los langostinos; ó bien pescar pequeños moluscos, ostras y almejas, que comían sin pan y crudos, ó guardaban en un pañuelo algún ejemplar extraño de seres marinos, ya una latija perdida entre la húmeda arena, ya enorme cangrejo que procuraba esconderse en el fondo de un agujero.

Y cuando el mar subía se dejaban á veces alcanzar por el agua, jugaban á los náufragos, se refugiaban en arrecifes hasta que la ola quería retirarse, y luego regresaban al pueblo empapados hasta los hombros, con los cabellos al viento para secarlos, y tan llenos del aire marino, que se ahogaban en casa, por las noches, alrededor de la lámpara.

Pero su mayor delicia era bañarse. Aquella playa, sembrada de rocas, no atraía á los bañistas de Caen y Bayeux, que estacionaban en la cercana villa de Arromanches; pero ellos habían descubierto á un

kilómetro del pueblo, al lado de Port-en-Bessin, una pequeña ensenada entre dos filas de peñascos, y toda ella con menuda y dorada arenilla, á la que nombraron bahía del Tesoro, porque parecía que las olas solitarias rodaban por encima de polvo aurífero.

Allí estaban como en su casa, y se desnudaban sin ruborizarse: él, mientras seguía la conversación, volvíase de espaldas y se abotonaba el traje de baño; ella en un momento, sujetando con la boca el cordoncillo de su camisa, poníase ceñido traje de lana, y aparecía en seguida vestida como un muchacho.

En ocho días aprendió á nadar, más fácilmente que á tocar el piano, aunque su bravura la obligaba con frecuencia á tragarse buenos sorbos de agua salada: toda su juventud se recocijaba en aquellos ásperezos placeres, cuando una ola más fuerte les empujaba y les tiraba al uno sobre el otro, y salían al punto chorreando, y secaban al viento sus desnudos brazos, jugando siempre como incansables niños.

Mas pasaron los días: era ya el principio de Agosto, y Lázaro no adoptaba ninguna decisión, y Paulina debía entrar, en Octubre, en un colegio de Bayeux; cuando el mar les rendía en muelle cansancio, echábanse en la arena, y hablaban muy razo-

nablemente de sus asuntos propios, concluyendo ella por interesarle en la medicina y explicándole que si fuese hombre nada encontraría más apasionado que dedicarse á curar á la humanidad que sufre.

Precisamente hacía una semana que el *Paraiso terrenal* no marchaba á gusto de Lázaro, y éste dudaba de su genio; y además, ciertamente habia glorias médicas, según los grandes nombres que le venían á la memoria, Hipócrates, Ambrosio Paré, Orfila, y tantos otros.

Pero súbitamente lanzó gritos de alegría: ¡ya tenía su obra maestra!

Aquel *Paraiso* era una torpeza, y le hizo pedazos, poniéndose á escribir la sinfonía del *Dolor*, una página en que anotaba en armonías demasiado sublimes la queja desesperada de la humanidad sollozando bajo el cielo..... y utilizaba su marcha de Adán y Eva, transformándola lindamente en marcha de la Muerte.

Durante ocho días su entusiasmo aumentaba de hora en hora, y resumía en su vasto plan á todo el universo.

Pasó otra semana, y Paulina se maravilló de oírle decir que iría gustoso á París para estudiar medicina: él habia pensado que el viaje le acercaba al